

GIAMBATTISTA VICO, SU VISION DE LA HISTORIA

Por

CLERES KANT

El 23 de Junio de 1668 nace en Nápoles Giambattista Vico y muere en su ciudad natal en 1744, año de la tercera edición de su obra capital, *Principios de una Ciencia Nueva sobre la naturaleza común de las naciones*, considerada como el primer intento coherente, en los tiempos modernos, de una filosofía de la historia.

Acosado por la pobreza, la enfermedad y la incomprensión de sus coetáneos, Vico fue un filósofo inactual en su época, un filósofo a destiempo como le llama Francisco Romero, quien señala entre otros motivos de su aislamiento la escasa participación de Italia en el movimiento filosófico del ámbito europeo, la oscuridad de su estilo y el auge del racionalismo ¹.

Después de las represiones provenientes del campo de la ortodoxia protestante y católica, se afirma en los Siglos XVII y XVIII el espíritu cartesiano, el ideal analítico del conocimiento en todos los campos del saber. Refiriéndose a la filosofía de la época que nos ocupa, E. Cassirer afirma que la misma no se limitará a "considerar el análisis como el gran instrumento intelectual del conocimiento físico-matemático,

¹ Ver Juan Bautista Vico, filósofo a destiempo en *La estructura de la Historia de la Filosofía y otros ensayos*, Losada, Buenos Aires, 1967, págs. 222/231.

sino que ve en él un arma necesaria de todo pensamiento en general. A mediados del Siglo XVIII la victoria de esta concepción es definitiva”².

Consecuente con su ideal del conocimiento claro y distinto, el racionalismo cartesiano habría de permanecer extraño al mundo de la historia, que es el dominio de lo fáctico irreductible a número y medida.

Advirtiendo la insuficiencia de las bases gnoseológicas imperantes, Vico, lejos de buscar conciliaciones fáciles, propondrá una revolucionaria teoría del conocimiento, cuyo principio fundamental es la afirmación de que sólo es posible conocer científicamente lo que el hombre hace (*Verum ipsum factum*). Ahora bien, el hombre es el hacedor de la historia; en consecuencia puede tener de ella un conocimiento científico, en tanto que de la naturaleza, cuyo hacedor es Dios, sólo logrará conocimientos conjeturales. Y, si Vico deja a las matemáticas en su lugar de privilegio, no es porque reconozca su criterio de certeza en la claridad y distinción de sus proposiciones, sino porque el hombre es el hacedor de sus elementos, del número, de la línea, de la superficie, de las magnitudes.

Benedetto Croce, a quien debemos una exposición detallada de la gnoseología viquiana, afirmará que “la semejanza del matemático con Dios no es muy diferente de aquélla del imitador de una obra con la de su autor: lo que Dios es en el universo de la realidad, es el hombre en el universo de las dimensiones y de los números, pero este universo está poblado de abstracciones y ficciones. La divinidad conferida al hombre es una divinidad como para burlarse de ella”³.

Croce distingue dos formas de la gnoseología que Vico postula para la fundamentación de la historia como ciencia: la primera, contenida en sus obras *De nostri temporis studio*

² CASSIRER, E., *La filosofía de la Ilustración*, F.C.E., México, 1950, pág. 26.

³ CROCE, Benedetto, *La filosofía di Giambattista Vico*, 4ta. edic. Bari-Gius. Laterza, 1947, pág. 11.

rum ratione y *De antiquissima italorum sapientia*, se resume en sus doctrinas de la conversión de lo verdadero con lo hecho y el consecuente rechazo del criterio de la percepción clara y distinta, que había sido instituido por Descartes como criterio objetivo de verdad; consecuente con su principio gnoseológico, el filósofo napolitano hará una revalorización de la naturaleza de las matemáticas, que se le revelan "admirables pero ineptas para dominar y transformar el restante saber humano"⁴, y postulará la reivindicación de otros modos de conocimiento, de la intuición, de la fantasía, de la imagen, del mito, de la autoridad, desvirtuados y negados por el intelectualismo de su tiempo.

El aporte capital de la segunda forma de su gnoseología es la división de todas las cosas en el mundo de la naturaleza y mundo humano o civil como lo llama el propio Vico, con la que se convierte en precursor de las ciencias del espíritu que habrían de alcanzar su pleno desarrollo a fines del Siglo XIX y comienzos del XX. Reflexionando sobre estos dos grandes sectores de la realidad, nuestro filósofo se asombra del hecho de que "todos los filósofos intentaron alcanzar la ciencia del mundo natural, ciencia que sólo puede tener Dios, que lo hizo; y que descuidaron pensar sobre el mundo de las naciones, o sea, el mundo civil, del cual, por haber sido hecho por los hombres, los hombres podían tener ciencia"⁵, este efecto le parece provenir de la naturaleza de la mente humana, que "estando inmersa y sepultada en el cuerpo, se inclina naturalmente a sentir las cosas del cuerpo y ha de poner en juego mucho esfuerzo para entenderse a sí misma, lo mismo que el ojo corporal, viendo todos los objetos fuera de sí, tiene necesidad de un espejo para verse a sí mismo"⁶.

⁴ *Op. cit.*, pág. 18.

⁵ Vico, *Principios de una ciencia nueva sobre la naturaleza común de las naciones*, prólogo y traducción de Manuel Fuentes Benot, Aguilar, 2ª edición, Madrid, 1960, cuatro volúmenes, I, 331.

⁶ *Ob. cit.*, I, 331.

Sintetizando, la historia es la realidad específicamente humana; es frente a la historia, su creación, como podemos concebir al hombre hecho a imagen y semejanza de Dios. Si bien en algunos pensadores de la Antigüedad, como Filón el Hebreo, y del Renacimiento como Marsilio Ficino, pueden encontrarse los gérmenes del principio de la identidad entre el conocer y el hacer, en nada se restringe la originalidad de Vico, que utilizará dicho principio como punto de apoyo para la constitución de la historia como ciencia.

Contrastando palmariamente con el esquema lineal de la tradición cristiana, propondrá una visión de la historia cíclica de las naciones que, a semejanza de la vida humana, cumplen un desarrollo que se extiende desde la infancia hasta la muerte y la resurrección de sus posibilidades creadoras.

Su obra fundamental, la *Ciencia Nueva*, comprende cinco libros, el primero de los cuales trata del establecimiento de los principios; el segundo de la sabiduría poética que es la que informa la metafísica, la lógica, la moral, la economía, la política, la física, la cosmografía, la astronomía, la cronología y la geografía de los primeros tiempos de la historia; en el libro tercero se aboca al estudio del descubrimiento de Homero, arquetipo de la poesía bárbara y finalmente en los libros cuarto y quinto expone el curso empírico que siguen las naciones y el recurso de las cosas humanas en el resurgir de las mismas, respectivamente.

Vico distingue siete aspectos de su ciencia nueva: a) "Esta ciencia, escribe, empieza en este principal aspecto, por ser una teología civil razonada de la Providencia, la cual tuvo su comienzo en la sabiduría vulgar de los legisladores, que fundaron las naciones considerando a Dios bajo el atributo de la Providencia y se completó con la sabiduría refleja de los filósofos que demuestran ésto con razones en su teología natural"⁷; b) Una filosofía de la autoridad, es decir, del

⁷ *Ob. cit.*, II, 385.

derecho natural a la propiedad de los hombres primitivos, los cuales “se hicieron señores por ocupación mediante su continuada posesión que es la fuente de todos los dominios del mundo”⁸; c) “Una historia de las ideas humanas que tuvieron su principio con la consideración del cielo hecha mediante los ojos del cuerpo”⁹; d) una crítica filosófica que “establecerá una teogonía natural, o sea, una generación de los dioses hecha naturalmente en las mentes de los autores de la gentilidad, que fueron poetas teólogos por naturaleza”¹⁰; e) “El quinto aspecto es una historia ideal eterna según la cual se desarrollan en el tiempo las historias de todas las naciones”¹¹; f) “El sexto es un sistema del derecho natural de las gentes, el cual debe empezarse con el origen de las gentes...”¹² y no como los representantes del iusnaturalismo moderno, Selden, Grocio y Pufendorff, a quienes les reprocha empezar por los últimos tiempos de las naciones civilizadas; g) El último aspecto de la ciencia nueva se refiere a los comienzos de la historia universal, que Vico retrotrae a la primera edad del mundo, “la de los dioses, en la que el cielo empezó a reinar en la tierra y a hacer a los hombres grandes beneficios”¹³.

Estos aspectos de la ciencia nueva reposan en última instancia en la intuición de la historia como acontecer cíclico que transcurre en tres etapas, conforme al paradigma de la Historia Ideal Eterna: la de la infancia del género humano o edad divina, la de la juventud o edad heroica y la de la madurez o edad humana. Vico buscará la raíz del devenir histórico en el oscuro humus de los relatos genesíacos que nos hablan de la dispersión y multiplicación de los hijos de Noé después del diluvio. La estirpe de los gigantes postdiluvianos, vagando por la gran selva de la tierra, habría de

⁸ *Ob. cit.*, II, 389.

⁹ *Ob. cit.*, II, 391.

¹⁰ *Ob. cit.*, II, 392.

¹¹ *Ob. cit.*, II, 393.

¹² *Ob. cit.*, II, 394.

¹³ *Ob. cit.*, II, 399.

procrear "hijos de educación feroz, carentes de toda costumbre y habla humanas y en un estado animal"¹⁴.

La primera etapa del acontecer histórico comienza propiamente cuando estos seres mitológicos, aturdidos y espantados, buscan en las cavernas un refugio de las tempestades, expresión de la ira divina; para Vico, el temor es el sentimiento generador de las falsas religiones en los pueblos gentiles, pero estas falsas religiones no son en última instancia más que un desconcertante ardid de la Providencia que gobernará el curso de las naciones para la conservación de la sociedad humana; el fin de la Providencia en la historia es la perduración del hombre en la historia, pues el hombre que "no es de modo absoluto injusto por naturaleza, pero sí en cuanto su naturaleza es caída y débil"¹⁵, vería arruinarse su estirpe en la tierra sin el auxilio de esta mente legisladora que hace de las pasiones, siempre dirigidas a la utilidad privada, virtudes para la convivencia en sociedad humana.

De esta manera, la noción de Providencia como principio regulador inmanente del acontecer histórico, ha perdido en la obra del filósofo napolitano el carácter esencialmente teológico con que aparecía revestida en la concepción ortodoxa tradicional. Uno de sus comentadores, Karl Löwith, resume este proceso de historización de la Providencia al afirmar que en la demostración de Vico "no queda nada de la operación trascendente y milagrosa que, de San Agustín a Bossuet, caracteriza a la Providencia. En Vico se reduce a un marco de referencia, contenido y sustancia del cual no consisten más que en el orden permanente y universal del mismo acontecer histórico. El Dios de Vico es tan omnipotente que puede abstenirse de intervenciones especiales. Se produce por completo en el curso natural de la Historia por sus medios naturales: ocasiones, necesidades, servicios"¹⁶.

¹⁴ *Ob. cit.*, I, 62.

¹⁵ *Ob. cit.*, I, 310.

¹⁶ LÖWITH, Karl, *El sentido de la Historia*, Aguilar, Madrid, 1958, pág. 179.

Puesto que, en efecto, la Providencia actúa sin solución de continuidad en el curso de todas las naciones, es menester que se atenúe la diferencia entre la religión verdadera de la tradición judeocristiana y las falsas religiones de los pueblos gentiles. Desde el momento en que Vico afirma que “las ideas uniformes nacidas en pueblos desconocidos entre sí deben tener un fondo común de verdad”¹⁷ está claro que las ideas religiosas de todos los pueblos del mundo se fundan necesariamente en el mismo Dios providencial. El rayo y el trueno entre los pueblos de la más remota antigüedad son equivalentes a la palabra revelada, en la medida en que permiten contemplar esta gran verdad: que la Providencia vela por la salvación del género humano.

Persuadido de que la luz de Dios ilumina a todos los pueblos que vienen a este mundo, Vico establece como principios constitutivos de la humanidad a la religión, los matrimonios y las sepulturas, costumbres universales y eternas “que deben santamente conservarse para que el mundo no torne a su ferocidad y no lo cubra de nuevo la selva”¹⁸.

Ahora bien, conforme al principio fundamental de su gnoseología, hemos visto que para Vico el hombre es el hacedor de la historia, lo que no le impide afirmar que es en la historia donde la Providencia modela sus designios. Estamos frente a una paradoja más aparente que real, ya que la estructura inexorablemente regular del proceso histórico se sostiene precisamente por la articulación entre los fines particulares de los hombres y los universales de la Providencia. El mismo Vico resume esta dialéctica entre lo que el hombre hace y lo que de su acción resulta, de la manera siguiente: “Los hombres han hecho el mundo de las naciones... pero este mundo ha surgido sin duda de una mente contraria a veces y siempre superior a los fines particulares que se habían

¹⁷ Vico, *ob. cit.*, I, 144.

¹⁸ *Ob. cit.*, I, 333.

propuesto los hombres; estos estrechos fines, convertidos en medios para un fin más elevado, los ha dispuesto siempre de forma que conservaran la generación humana en la tierra. Los hombres quieren usar sin freno su libidine y surge en cambio la castidad de los matrimonios, y de ahí las familias. Los padres quieren ejercer inmoderadamente los imperios paternos sobre sus clientes y los sujetan al imperio civil de donde salen las ciudades. Los órdenes reinantes de los señores quieren abusar de su libertad señorial sobre los plebeyos y van a dar en la servidumbre de las leyes que producen la libertad popular. Los pueblos libres quieren librarse del freno de las leyes y van a dar en la sujeción a los monarcas; estos quieren envilecer con todos los vicios de la disolución a sus súbditos para asegurarse y los ponen en trance de soportar la esclavitud de las naciones más fuertes; quieren las naciones perdersse a sí mismas y van a salvarse en las soledades, en donde, cual fénix, resurgen nuevamente. . .”¹⁹.

Así establecía Vico una activa relación armónica entre necesidad divina y libertad humana, ambas potencias organizadoras que hacen de la historia el cumplimiento de un plan providencial con la colaboración de la más genuina espontaneidad humana.

Una de sus ideas más importantes es la de la división tripartita del proceso histórico, que depende tanto de las leyes eternas de la Historia Ideal cuanto de la naturaleza evolutiva de los hombres, que primero “sienten sin reflexionar, después reflexionan con ánimo turbado y conmovido, por último reflexionan con mente pura”²⁰. De esta manera, para Vico, el esquema de la Historia Ideal se confirma y adquiere sentido en su entrelazamiento con los hechos de las historias reales de las naciones.

El sentir sin reflexionar, sentir propio de la infancia, el predominio de la fantasía sobre el raciocinio, conforma la

¹⁹ *Ob. cit.*, V, 1108.

²⁰ *Ob. cit.*, I, 218.

primera edad del mundo "...en la que los gentiles creyeron vivir bajo los gobiernos divinos y que todo les era ordenado por los auspicios y oráculos, que constituyen las cosas más antiguas de la historia profana..."²¹.

Considerada en su inspiración más profunda, la infancia de los ciclos históricos está dominada pues por esta temerosa dependencia de lo humano respecto a lo divino, fuente de donde emanan las leyes que providencialmente rigen al mundo. En esta edad teorática, cobran particular relieve los poetas teólogos, intérpretes de la palabra de los dioses, traducida en oscuros jeroglíficos, que no son, según Vico, más que una primera etapa de un proceso que conducirá al hombre desde lo particular a la expresión de lo universal por medio de la abstracción.

De sus proposiciones resulta que el lenguaje poético es esencialmente pobre, ya que por la nulidad de su raciocinio, el poeta, erigiéndose en regla del universo, elabora una lengua fantástica en correspondencia con significaciones espontáneas; como los niños, nada puede nombrar que no concuerde con su ser particular, dotando con sus formas, pasiones y sentimientos a los fenómenos de la naturaleza; toda abertura será una "boca", el vino "sangre", las raíces "barbas", "brazos" los afluentes de los ríos, "carne" y "hueso" la pulpa y el carozo de la fruta; las olas "murmuran", el viento "silba", el mar y el cielo "ríen".

Por esta misma lógica poética, en vano buscaríamos entre los legisladores primitivos el establecimiento de las leyes de modo universal; Minos, Teseo, Licurgo, Rómulo instauraron las leyes ordenando o prohibiendo una sola cosa y más aún, no las concebían hasta que los hechos no las reclamaban.

Si una razón domina sobre los hombres en esta edad eminentemente poética es, como dice Ferrater Mora, "la razón divina, aquella que sólo Dios conoce íntegramente y revela parcialmente al hombre. La revelación constituye una parte esencial

²¹ *Ob. cit.*, I, 31.

de la historia en tales sociedades, hasta el punto de que la madurez de ellas se mide, como entre los hebreos, por la mayor o menor extensión de las cosas reveladas, por el paso sucesivo del escondimiento a la presencia”²².

Si la primera época del devenir histórico es la de los poetas teólogos, en la segunda imperan los héroes, orgullosos de su ascendencia divina, coléricos y puntillosos como Aquiles, que pone toda la razón en la punta de su lanza. El derecho de la fuerza permitirá a los héroes reinar por doquier en repúblicas aristocráticas, por considerarse naturalmente superiores a los plebeyos.

El rígido formulismo religioso, jurídico y estatal, permite reconocer en esta edad heroica los rasgos de una voluntad implacable situada más allá de la razón y la justicia; las leyes crueles y salvajes practicadas en Roma y Esparta, las guerras bárbaras que arrasaban ciudades y convertían en míseros rebaños a los prisioneros, son algunos de los fenómenos que expresan la exaltación titánica de un reducido número de hombres, cuyo paso por la historia está señalado por el testimonio del fuego y de la sangre.

El tránsito a la edad humana, eminentemente racional, se opera cuando los hombres reconocen la igualdad de su naturaleza y postulan por leyes la conciencia, la razón y el deber. Los ideales de las masas se encarnan en las repúblicas populares, abiertas, generosas y magnánimas y finalmente en los estados monárquicos, donde las leyes se administran “según la equidad natural que es como lo entiende la multitud e igualan en razón a los débiles y a los fuertes, cosa que sólo hace la monarquía”²³.

Según Vico, cuando en las repúblicas populares libres los hombres llegan a considerar únicamente sus intereses privados en desmedro de los intereses colectivos, advierten necesariamente las formas monárquicas de gobierno, cimentadas en

²² FERRATER MORA, José, *Cuatro visiones de la Historia Universal*, Losada, Buenos Aires, 1945, pág. 102.

²³ Vico, *ob. cit.*, IV, 1953.

la ley natural y orientadas al cumplimiento del bien común, objetivo racional del orden social humano.

No obstante, la instauración de las leyes que garantizan la igualdad y hermandad entre los hombres, lejos de preluir el reino definitivo de la razón humana, anuncia el retorno a la barbarie, el cierre del cielo, la reanudación de la historia. "Los hombres, había escrito Vico, procuran primero lo necesario, luego lo útil, después se dan cuenta de lo cómodo, sucesivamente se deleitan con el placer, luego se ablandan en el lujo y, por último, perdido el seso, derrochan sus bienes"²⁴. Entre los caracteres brutales y groseros como Polifemo, arquetipo del *pater familiae* de las sociedades primitivas y las naturalezas furiosas, disolutas y desvergonzadas como las de Calígula, Nerón y Domiciano, transeurre la historia.

Ahora bien, la idea del retorno de los ciclos históricos data de memorable antigüedad, ya la sustentaban los súmeros y babilonios, los pitagóricos y los estoicos y adquiere distintas formas a través de latitudes y tiempos más dipares, hasta llegar a la época contemporánea en que es vigorosamente defendida por Spengler. Uno de los modos fundamentales en que ha cristalizado la idea de la repetición cíclica y, al decir de Jorge Luis Borges, "el menos pavoroso y melodramático, pero también el único imaginable. Quiero decir la concepción de ciclos similares, no idénticos"²⁵. En esta línea de la interpretación de la historia se inserta Vico, si bien es preciso reconocer su sorprendente originalidad entre los hombres de su tiempo que, abocados a la constitución de las ciencias físicomatemáticas, continuaban representándose la historia del mundo conforme al esquema tradicional cristiano y ordenado a un fin suprahistórico.

Analizando la nueva orientación que ofrece Vico, tan poco valorada en su época, Rodolfo Mondolfo encuentra en la misma uno de esos ejemplos "de gérmenes ideales fe-

²⁴ *Ob. cit.*, I, 241.

²⁵ BORGES, Jorge Luis, ver *El tiempo circular en Historia de la eternidad*, Emecé, Buenos Aires, 1965, pág. 94.

cundos, que a pesar de su fecundidad quedan inactivos por un tiempo, y solamente más tarde pueden ser valorados como merecen y desarrollados en toda su importancia”²⁶.

Una de las ideas más notables de Vico, la del desarrollo del espíritu en tres fases, de los sentidos, de la fantasía y de la razón, estaba destinada a adquirir notable desarrollo en la obra de Augusto Comte, quien aplica al conjunto de la historia su ley fundamental de los tres estados sucesivos de la humanidad: el teológico, el metafísico y el positivo.

Resumiendo el influjo del filósofo italiano en distintos campos de la cultura, K. Löwith escribe que “No solamente anticipa ideas fundamentales de Herder y Hegel, de Dilthey y Spengler, sino también los más notables descubrimientos de la historia romana, que debemos a Niebuhr y a Mommsen; la teoría de Wolf sobre Homero; la interpretación de la mitología de Bachofen; la reconstrucción de la vida antigua a base de la etimología, de Grimm; el entendimiento histórico de las leyes de Savigny; de la ciudad antigua y del feudalismo de Fustel de Coulanges, y de la lucha de clases de Marx y Sorel”²⁷.

No sería exagerado entonces afirmar que Vico, por su influjo en el pensamiento contemporáneo —del que en muchos aspectos fue un precursor— puede ser considerado, en su poderosa modernidad, un hombre de nuestro tiempo.

²⁶ MONDOLFO, Rodolfo, *Problemas y métodos de investigación en la Historia de la Filosofía*, Eudeba, Buenos Aires, 1963, pág. 63.

²⁷ LÖWITH, K., *ob. cit.*, págs. 167/8.